

# América Latina frente al modelo sudcoreano

Alfredo Romero Castilla\*

La década de los noventa se ha iniciado bajo el signo del cambio vertiginoso en diversos puntos del planeta. Esta cadena de transformaciones tiene para América Latina un significado ominoso: la continuidad de su declive económico. Este proceso surgido de un periodo crítico —la década de los noventa— ha sido definido por la CEPAL como “el decenio perdido para el desarrollo”; retraso que no sólo representa la corroboración de una crisis económica, sino también política e ideológica.

La explicación general del deterioro hace recaer en la sustitución de importaciones y en el papel jugado por el Estado en la economía las razones primordiales del fracaso y busca en contraposición una nueva vía. La respuesta dada se funda en una perspectiva ideologizada de carácter neoliberal la que, tomada al pie de la letra, plantea la necesidad de lograr un proceso de transición económica a través de lo que generalmente se denomina “economía de mercado”, concebida como el destino ineluctable que la transnacionalización de las relaciones económicas parece haber impuesto sobre todos los pueblos del planeta.

El triunfo aparente del neoconservadurismo en los países capitalistas avanzados ha permitido el surgimiento de una fuerte tendencia a plantear al libre mercado como un único modelo capaz de remediar el deterioro acentuado de las condiciones de vida en América Latina. En este marco ha adquirido particular importancia contrastar la penuria de estos países con la imagen exitosa de las llamadas nuevas sociedades industrializadas de Asia: Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwán. Pero ¿de verdad constituyen estas sociedades una muestra del triunfo del neoliberalismo?

Tal apreciación no puede aceptarse de manera unívoca. El desarrollo económico es un proceso sociohistórico, formado por una multiplicidad de elementos propios de cada sociedad y, en consecuencia, éste difiere según el sistema social de que se trate. Es por esta razón que en el presente trabajo se busca examinar algunos de los aspectos del desarrollo sudcoreano que como paralelos encontrados contrastan con la experiencia latinoamericana.

Para tal efecto considero importante revisar algunas cuestiones que afectan la comprensión de este proceso:

1. La interacción internacional de los procesos mundiales y su concomitante influencia en la concepción y forma de estudio de las Relaciones Internacionales;

2. La evolución y carácter de los contactos entre la República de Corea y los países de América Latina, y

3. Las características más generales del desarrollo sudcoreano, las que por su naturaleza lo conviertan en un ejemplo contradictorio, difícil de adoptar dadas las condiciones particulares de la realidad latinoamericana.

## I

La evidencia cada día más contundente de la interacción mundial de los procesos entraña un cambio de actitud frente al conocimiento que necesariamente habrá de trascender las fronteras compactas trazadas por los especialistas en estudios regionales y los parámetros considerados privilegio de determinadas ciencias sociales, lo que habrá de permitir tal vez, llegar por fin a un intercambio interdisciplinario, la única condición viable para la comprensión de los procesos tanto de América Latina como del mundo en su real magnitud.



A este respecto obedece la idea de realizar una somera discusión del problema del conocimiento de las Relaciones Internacionales. Esta disciplina desde sus enfoques precursores histórico-jurídico hasta las perspectivas que han reivindicado su carácter de ciencia social buscando dotarla de bases científicas, ha descansado en la concepción de un objeto referido al conocimiento del sistema de Estados, el poder, la guerra y la paz. Tales categorías han servido por igual para acreditar su existencia como disciplina diferenciada y expresar un afán de independencia frente al tutelaje de otras disciplinas sociales.

Si bien estas piezas son las más comunes, de ninguna manera resultan ser exclusivas ni son tampoco estáticas. Su propia dinámica ha impulsado la apertura de distintos horizontes que perfilan la construcción de otras nuevas cada día más previsibles, debido a la convergencia de diversas tendencias en el desarrollo industrial, los flujos financieros, el intercambio de bienes, servicios y personas y el avance científico tecnológico.

Se precisa entonces rebasar el ámbito de la relación de los Estados nación al que se quiere circunscribir el estudio de las Relaciones Internacionales y abrir el cauce a la formulación de una propuesta que, sin menoscabo de estos primeros elementos, incorpore todas aquellas manifestaciones económicas, sociales y culturales de los procesos cuya incidencia posee dimensiones a escala mundial. Por tanto, debe quedar claro que el Estado-nación no es el único productor de fenómenos internacionales. Hoy debe tomarse en cuenta todo un amplio conjunto de grupos y fuerzas sociales como los verdaderos agentes de las transformaciones mundiales.

Sin embargo, esta tendencia multidireccional de los fenómenos internacionales no ha sido debidamente aequilata. Del privilegio de las acciones estatales parece haberse transitado a la omnipresencia de las premisas económicas. Esta posición ha sido subrayada por el discurso de la modernidad que ve en la aparición y desarrollo del mercado mundial con su concomitante división internacional del trabajo de *última ratio* del conocimiento de las Relaciones Internacionales.

Las interpretaciones economicistas representan otro obstáculo a remover. No se trata de poner a un lado los intercambios económicos, ni las potencialidades de recursos naturales, humanos y financieros, ni mucho menos los avances científico-tecnológicos. Se pretende establecer que todo esfuerzo de comprensión del desarrollo económico debe fundarse en la consideración de elementos políticos y económicos, sin menoscabo del sustrato formado por las especificidades generadas bajo el marco de contextos históricos y culturales particulares.

Esta apreciación entraña tomar en consideración otros aspectos hasta ahora desvinculados de la comprensión del mundo: la presencia de elementos

geográficos, históricos y culturales que han servido de base para la configuración de las diferentes *regiones internacionales*, esos conglomerados humanos identificados por una manera singular de vivir su espacio que le imprimen un sello distintivo a la producción de los fenómenos internacionales.

Referida esta última cuestión al desarrollo económico remite a considerar, según se ha señalado, que se trata ante todo de un proceso socio-histórico, producto de especificidades provenientes de un conjunto de condiciones de vida material, relaciones sociales e ideologías. En otras palabras, de una serie de continuidades y rupturas en las formas de existencia de los diferentes pueblos del mundo forjada a lo largo de su historia.

La visión apuntada resulta pertinente a la hora de ubicar a Corea del Sur frente a América Latina, dos entidades regionales distintas en espacio pero cercanas en el tiempo de las transformaciones del mundo contemporáneo. Este acercamiento podría verse según lo señalado a través de dos vías principales. En un primer momento tendrían que revisarse algunos aspectos de lo que tradicionalmente constituye el estudio de los vínculos intergubernamentales y, en segundo lugar, revisar el significado relevante atribuido al modelo económico sudcoreano, considerado como el paradigma por excelencia de tránsito a la modernización, susceptible de ofrecer "lecciones"; de esta manera se podrá estar en condiciones de hacer una revisión crítica de tales posturas.

## II

La historia de los nexos diplomáticos del gobierno de la República de Corea con los gobiernos latinoamericanos no ha sido objeto de un estudio sistemático. Corea, en sus sentido más amplio, es vista por el público de América Latina como un lugar exótico, tierra ignota y distante de su idiosincrasia con la que poco se tiene en común. Esta visión tiene su equivalente también en Corea del Sur. En consecuencia ambas imágenes tiene que ser superadas. Un intento loable encaminado hacia esta meta lo constituyen los esfuerzos llevados a cabo por el profesor Min Man-shik, pionero de los estudios latinoamericanos en la Universidad Hanguk de Estudios Extranjeros, el cual usaré como texto principal en la descripción de la evolución de estas relaciones.<sup>1</sup>

El profesor Min data el inicio de estos nexos en la década de los sesenta. El gobierno sudcoreano ha tenido a partir de entonces dos motivaciones principales: apoyo político y expectativas de expansión

<sup>1</sup> Min Man-shik, "Relaciones Coreano-latinoamericanas. Aspectos económicos y políticos", *Revista Oriente-Occidente* Argentina, Universidad del Salvador, año VI, núm. 1-2, 1985, pp. 115-129.

comercial. Ambos propósitos han estado expuestos a varios altibajos, aunque en años recientes presentan indicios de una estabilización favorable para ambas partes. Sin embargo, la historia de estos encuentros posee otros antecedentes que es necesario mencionar para lograr una visión más completa.

A finales de la Segunda Guerra Mundial el mundo quedó dividido en dos bloques antagónicos situación que afectó a la vida política de la península de Corea al separarse en dos entidades políticas de signo ideológico opuesto, permaneciendo la República de Corea bajo la hegemonía de Estados Unidos. Esta coyuntura tenía también su equivalente en las relaciones de Estados Unidos con los países del continente americano, el cual pudo haber redundado en un acercamiento estrecho con la región latinoamericana, ocasión que el gobierno sudcoreano no supo aprovechar.

El momento más oportuno se presentó en 1949 cuando el conjunto de veinte países latinoamericanos —incluida Cuba— votaron a favor del reconocimiento del gobierno sudcoreano y luego cuando en junio de 1950, este mismo grupo de países se pronunció en favor de la acción militar de las Naciones Unidas al iniciarse la guerra de Corea. El gobierno de Costa Rica hizo un llamado a la solidaridad con la ONU, convocatoria atendida de inmediato por Bolivia y el Salvador. Colombia, por su parte, tuvo una participación más destacada. Envío a Corea el "Batallón Colombia" compuesto por 1 080 efectivos divididos en tres compañías: de artillería, de armas pesadas y de refuerzo, además destacó una unidad médica.

El conflicto coreano fue objeto de varios debates en el seno de las Naciones Unidas. En ellos la participación latinoamericana ocupó un lugar destacado, manifestándose muestras de apoyo en diversas ocasiones. Brasil y Cuba fueron miembros de la Comisión que recomendó la formación de una Corea unida bajo el control de la ONU. De igual manera cuando en 1952 la propuesta de cese a las hostilidades se estancó, Estados Unidos y los otros veinte países latinoamericanos miembros de la Organización presentaron una resolución en la que aparte de apoyar la acción militar de la ONU, se rechazaba la repartición forzosa de los prisioneros de guerra.

En esta acción destacan las participaciones de Colombia, Honduras, Nicaragua y Uruguay. México propuso que aquellos prisioneros que no optaran por la repartición podrían ser recibidos por terceros países. Perú se pronunció en favor del respeto a la voluntad de los prisioneros y por la protección de aquellos que desearan permanecer en una zona neutral.

El apoyo recibido a través de acciones multilaterales bajo el marco de la ONU tomó un nuevo giro una vez que a la organización ingresaron nuevos

Estados miembros comprometidos con las aspiraciones del movimiento no alineado. Su presencia sirvió de contrapeso a las iniciativas de Estados Unidos y sus aliados al seguir muchos de ellos una política de reconocimiento del gobierno de Corea del Norte. Por ese entonces también algunos países latinoamericanos empezaron a adoptar líneas políticas, de carácter neonacionalista, que los apartaban de las propuestas de Estados Unidos. Para contrarrestar estas tendencias el gobierno de Corea del Sur puso en marcha un programa de acercamiento que lo llevó —en 1962— a formalizar relaciones diplomáticas con 15 países de América Latina.

Empero un proceso iniciado tan auspiciosamente pronto tuvo altibajos para Corea del Sur al producirse a finales de la década de los sesenta el triunfo de una coalición socialista en Chile y el establecimiento de regímenes ultranacionales en Bolivia y Perú. Por esas mismas fechas algunos de estos países tendieron a estrechar sus relaciones con China, la Unión Soviética, los países socialistas de Europa Oriental e incluso Corea del Norte.

Aparte de Cuba el acercamiento con el gobierno del norte se ha dado en distintos momentos con Guyana, México, Nicaragua y Perú. No obstante Corea del Sur mantiene relaciones con 31 países de la región latinoamericana.

Mas no todo han sido movimientos diplomáticos. Desde la década de los sesenta ha habido también importantes modificaciones en el terreno económico. A este respecto figura México, país considerado importante por sus reservas petroleras característica que lo ha convertido en objeto potencial de cooperación. Sin embargo, este acercamiento no ha sido fácil México es un país cuya política exterior se ha caracterizado por una cierta xenofobia y una acentuada posición ultranacionalista. Pese a ello, el acercamiento con México ha sido posible porque éste país no puede pasar por alto que necesita de una mayor diversificación en sus contactos internacionales que le permita lograr préstamos y otras ventajas económicas.

Estos requerimientos de cooperación también pueden hacerse extensivos —en mayor o menor escala— hacia otros países. Dadas estas circunstancias la aproximación de Corea del Sur a las naciones latinoamericanas deberá fundarse en la cooperación económica basada más en la negociación de acuerdos bilaterales que en una acción global hacia toda la zona considerada como un bloque.

El gobierno de Corea del Sur ha tratado en percatarse de estas posibilidades de intercambio. Hasta antes de 1960 prácticamente no existían relaciones comerciales y durante esos años los acercamientos de este tipo fueron muy limitados. Dos son las razones principales que explican tal situación. La primera es la reticencia del gobierno sudcoreano a aceptar cualquier cambio político que pudiera afectar su

posición en la escena internacional. La segunda obedece al hecho de que la región latinoamericana no representaba una prioridad en las relaciones económicas.

Las cifras al respecto hablan por sí mismas. En 1972, por ejemplo, Corea del Sur exportó a Latinoamérica unos doce millones y medio de dólares por concepto de varios productos. Sin embargo, la situación cambió casi de inmediato luego del embargo petrolero de 1973, el cual hizo patente la necesidad de contar con fuentes estables de materias primas. A partir de entonces los empresarios sudcoreanos empezaron a poner la mira en América Latina manifestando su interés en contribuir al desarrollo latinoamericano primordialmente a través de proyectos de construcción y edificación de plantas industriales.

Las exportaciones sudcoreanas se duplicaron en un lapso de cuatro años (1973-1976) en que su monto alcanzó un total de 65 millones de dólares. Durante el mismo periodo la importación de productos latinoamericanos a Corea del Sur se multiplicó más de once veces de 13.5 millones de dólares en 1973 a 175.7 millones de dólares en 1976. Las importaciones de América Latina consisten en: mineral de hierro, productos de metal, barcos, pulpa celulosa, cereales, algodón crudo, café en grano, chatarra de cobre, alimentos balanceados, plomo y lana.

Las exportaciones sudcoreanas por su parte consisten principalmente en maquinaria (de uso general, de transporte y eléctrica) hilados (ropa y productos textiles) y otros (cemento, acero, neumáticos y cámaras). Los destinos importantes son: México, Brasil, Argentina, Panamá, Surinam y Venezuela. Si bien las tendencias de incremento en este mercado han sido notables, aún no son muy relevantes.

Unido al comercio deben mencionarse los contratos de construcciones que en el periodo 1971-1976 tuvieron un monto de 21 millones de dólares cifra que también ha ido en aumento. El primer contrato fue un proyecto para un oleoducto en la República Dominicana (1971), éste fue seguido por proyectos de tanques petroleros en Bahamas (1973), un gasoducto en Ecuador (1975), construcción de rutas en Quito, Ecuador (1977), Antigua (1982).

Aparte de estas actividades se han llevado a cabo otros programas de cooperación: acuerdos de pesca celebrados con Brasil, Surinam, Perú, Chile, Ecuador, Argentina, Colombia y Panamá. El monto total en este rubro por la parte sudcoreana se estima en 2 910 000 dólares. En el campo específico de la cooperación técnica todavía hay mucho por hacer. Ha habido asesoría sudcoreana para los barcos atuneros mexicanos; asimismo se han invitado a chilenos y nicaragüenses con el propósito de capacitarlos en la industria pesquera.

En el terreno de las inversiones hay también proyectos de conversión. El primer país con el que se

signó un acuerdo de esta naturaleza fue Colombia donde se efectuó la construcción de una planta procesadora de pulpa vegetal para la fabricación de papel (1971). Aparte de este primer proyecto hay prospectos de inversión con Venezuela, Perú, Ecuador, México y Guatemala. En el caso de Venezuela el interés es en la fabricación de redes de pesca y sosa cáustica; con Ecuador de pulpa y papel; con México una planta de papel y con Guatemala productos agrícolas.

Según el profesor Min, el intercambio económico de Corea del Sur con América Latina tiene el futuro promisorio. Latinoamérica representa por un lado, una fuente estable de materias primas y por otro, un campo propicio para la venta de productos industriales e inversiones directas lo que determina un carácter de complementación entre ambas economías que garantiza el robustecimiento futuro de los lazos comerciales.

Empero, esta visión entusiasta sobre el futuro del intercambio económico con América Latina ha marchado con paso lento a juzgar por opiniones de algunos sectores del gobierno para quienes: la inestabilidad política, la inflación y la falta de divisas impiden un mayor acercamiento; además de barreras idiomáticas, ausencia de vínculos culturales y lejanía geográfica.

En una entrevista publicada por la *Far Eastern Economic Review* de Hong Kong, Lee Soon Woo, director general para la promoción comercial del Ministerio de Comercio e Industria de la República de Corea, al referirse a los lazos económicos, considera que ha habido esfuerzos tendientes a incentivar la participación de los empresarios sudcoreanos con el propósito de fortalecer las relaciones comerciales pero

el volumen total es modesto y no suficiente... Se han hecho intentos de impulsar al sector privado para que amplíe el comercio y las inversiones, pero éstos tropiezan con la enorme distancia geográfica como principal obstáculo. Por tal razón, los inversionistas tienden a preferir los mercados del Sureste Asiático.<sup>2</sup>

En el mismo número de esta publicación aparecen otros datos que dan cuenta de la evolución de las relaciones económicas de Corea del Sur con América Latina. En primer lugar se señala que las inversiones en menor escala efectuadas en América Central y el Caribe han ido paulatinamente incrementándose. En el caso de México, los consorcios Samsung y Lucky-Goldstar han ensamblado televisores, parte de los cuales son exportados a Japón. Informes de Hyundai

<sup>2</sup> Mark Clifford and Julian Baum, "Tenous ties: Taiwan and Korea take Latins more seriously", *Far Eastern Economic Review*, 13 de septiembre de 1990, p. 52.

indican la firma de un contrato de inversión por 40 millones de dólares para construir en Baja California una planta de contenedores.

Según datos del Ministerio de Industria y Comercio Internacional hasta el primer semestre de 1990 las compañías sudcoreanas tenían registrados 1 071 proyectos de inversión en el exterior por un total de 1 850 millones de dólares. De este monto, en América Latina sólo figuran 88 proyectos que en conjunto suman un total de 105 millones de dólares, la mitad de ellos concentrados en Panamá en operaciones textiles.

Sin embargo, algunas de estas cifras parecen no corresponder con otras informaciones. Así por ejemplo, mientras el gobierno de Seúl señala que en México sólo se han puesto en marcha dos proyectos de inversión por valor de 347 mil dólares, fuentes del gobierno mexicano afirman que el total asciende a 6 080 millones. La razón de tal discrepancia puede ser que muchos de estos fondos provienen de ganancias obtenidas en el exterior.

A este respecto debe señalarse que en 1989 Samsung estableció una planta ensambladora de televisores en Tijuana, inversión que asciende a 12 millones de dólares. Esta planta produce 400 mil unidades al año, todas con destino al mercado de Estados Unidos. Goldstar también posee una planta con características similares. Asimismo figura otro proyecto de conversión mexicano-sudcoreano por valor de 3 millones de dólares para la construcción de la fábrica más grande de condones en América Latina.

Por lo que se refiere al comercio, durante el primer semestre de 1990 alcanzó la cifra de 1 600 millones de dólares, total que representa menos de un 3 por ciento del monto global del comercio sudcoreano. Algo análogo puede decirse en relación con las exportaciones —artículos eléctricos, aparatos electrónicos, textiles y barcos— que durante el mismo período alcanzó la cifra de 906 millones de dólares.

Finalmente, en relación con el financiamiento se encuentra que los países de América Latina han solicitado al Fondo de Corea del Sur para la Cooperación y el Desarrollo Económico un total de 204.2 millones de dólares, de los cuales sólo un préstamo de 9.8 millones se ha hecho efectivo a Perú para la compra de barcos sudcoreanos.

Hasta aquí el informe sobre las relaciones político-económicas de Corea del Sur con América Latina. A continuación debe considerarse el aspecto relativo a la importancia concedida al modelo de desarrollo sudcoreano en los países latinoamericanos, acrecentada por el discurso publicitario que presenta a Corea del Sur y el resto de las llamadas Nuevas Sociedades Industrializadas de Asia, como paradigma de transformación económica y eficacia en el comercio internacional.

Es precisamente en este planteamiento donde se funda el anhelo de ciertos sectores latinoamericanos de ver realizado el mismo tipo de "milagro económico" que haga realidad la integración al mundo moderno a través del libre comercio, según lo concibiera Adam Smith y en la experiencia histórica lo demostrara la Gran Bretaña del siglo XIX donde la prosperidad estuvo fincada en las exportaciones.<sup>3</sup>

### III

El intento por comprender las raíces del fenómeno sudcoreano y aprender de ellas formas susceptibles de aplicar al desarrollo latinoamericano es una compleja empresa. La crítica a esta postura entraña por principio trascender la campaña publicitaria del discurso neoliberal fincado en la privatización y la economía de exportación para lo cual es necesario repasar someramente algunos aspectos del desarrollo histórico coreano. El fenómeno sudcoreano no es fortuito ni mucho menos prodigioso. Sus bases tampoco son exclusivamente económicas sino una conjunción de elementos políticos, ideológicos y culturales.

Ironías de la historia. Cuando a principios del siglo XIX los pueblos de América Latina emergían como entidades autónomas, Corea era un Estado independiente inmerso en un proceso de deterioro interno agravado después al convertirse en objeto de las diputas imperialistas que terminaron poniendo fin a su independencia luego de quedar convertida en colonia japonesa.

La pérdida de la independencia fue resultado de un período de confusión política causado por el enfrentamiento de diversas facciones que separaron al pueblo y gobierno. Estos enfrentamientos se justificaron por la defensa de los principios confucianos, pero en realidad fueron luchas por la hegemonía, en que los distintos contendientes trataron de obtener el apoyo de las diferentes fuerzas extranjeras.

La dominación colonial japonesa significó una grave fisura en la identidad nacional coreana. Su importancia aún se manifiesta en nuestros días y por ello es preciso mencionar sus efectos. La política japonesa pretendió en sus inicios absorber a los coreanos culturalmente valiéndose de medios a veces sutiles y en otros momentos violentos. Los resultados fueron contradictorios.

Por un lado fue innegable que se establecieron bases para impulsar el desarrollo pero por otro también fue cierto que se preservaron varias estructuras de subdesarrollo. Se incrementó la producción agrícola pero a la vez se favoreció el surgimiento de

<sup>3</sup> Bendfeldt, Juan F. (ed.) *El Milagro Económico (Mito o Realidad?)*, Ciudad de Guatemala, Centro de Estudios Económico-Sociales, 1987.

otro tipo de terratenientes y de explotación de la tierra. Se establecieron industrias que causaron un desequilibrio regional, éstas se instalaron en aquellos lugares ligados a los intereses coloniales como fue el caso de la región del norte vinculada a Manchuria; también se establecieron empresas coreanas pero en una escala menor. Se abrieron cauces para la movilización política pero al mismo tiempo se crearon mecanismos de control y órganos represivos.

Así el Estado autoritario tradicional reafirmó más su carácter aunque el descontento popular hizo surgir dirigentes nacionalistas y comunistas, enfrentados entre sí por discrepancias tácticas que oscilaban entre la lucha armada y un abierto colaboracionismo. Se trató de un proceso desintegrador que terminó por poner en peligro la existencia de la nación coreana, hecho que ciertamente no aconteció pero sí confluó en la división del país después de 1945.

La década de 1943 a 1953 fue el periodo de mayor agudización de este proceso de división. La ocupación soviética y norteamericana contribuyó a exacerbar los antagonismos políticos ya existentes. Las fuerzas discordantes se polarizaron en dos posiciones radicales encontradas que bloquearon toda posibilidad de construir un frente nacional bajo la dirigencia de un líder político capaz de mantener una Corea unificada; la guerra civil fue un intento frustrado de lograrlo.

Este es el principio del desenvolvimiento de dos Estados coreanos separados cuya existencia se fincó sobre bases muy precarias. En Corea del Sur la inestabilidad política y el descontrol económico van a ser dos constantes junto con el establecimiento de un gobierno dictatorial. Syngman Rhee tomó el poder con el apoyo extranjero y de un sector social privilegiado que asumió el control de las empresas anteriormente en manos de los japoneses, pero su inexperiencia hizo que pronto fueran a la quiebra. El deterioro económico terminó por agravar la estabilidad del gobierno y condujo inevitablemente a su caída. Casi de inmediato sobrevino un golpe de Estado militar del que surgió la personalidad de Park Chung-hee, el artífice del actual modelo de desarrollo.

La toma del poder por Park y las acciones políticas que le permitieron consolidar un régimen autoritario sólo pueden explicarse a través de elementos culturales e ideológicos. Los elementos de los sistemas sociales no evolucionan a un ritmo sincronizado y por tanto las ideologías como los valores culturales tienden a permanecer por un tiempo indefinido y cuando finalmente son superados, ello acontece luego de largos periodos históricos y casi siempre de forma revolucionaria.

A este respecto no puede pasarse por alto el peso de la tradición confuciana fundada en un orden jerárquico piramidal en cuya cúspide se encuentra el gobernante al que se subordinan el resto de los

membros de la sociedad. La presencia de estas actitudes sociales va más allá del respeto a las jerarquías políticas, plasmándose en los vínculos familiares donde también priva el respeto a los mayores y un acontecimiento irrestricto de su autoridad. Otro aspecto de la tradición confuciana es su devoción al estudio y su culto al intelecto, elementos que han redundado en la capacitación de una mano de obra calificada, los altos índices educativos y la responsabilidad laboral.

Empero todo este fenómeno de subordinación a las directrices del Estado no sólo proviene de la ideología confuciana; sus bases contemporáneas son también producto del enfrentamiento ideológico que ha mantenido la división del país en cuyo nombre se justifica la existencia de un sistema autoritario, legitimada —como en el pasado— por el dinamismo y el éxito de la política económica.

La presencia de una *manu militari* en las esferas más altas del gobierno permitieron poner en práctica una estrategia modernizadora basada en una metódica planeación cuyos buenos resultados tendrían como fin último impulsar un crecimiento con la mira de fortalecer la capacidad militar para repeler la supuesta inminencia de la amenaza del norte. Este incentivo hizo posible cumplir paso a paso con los objetivos de los planes económicos como si se tratara de ordenanzas militares.

La burocracia fue sometida a una férrea disciplina y en la medida en que se cosecharon los primeros frutos la planeación se hizo más compleja. Los recursos se ajustaron rigurosamente y los altos cuadros burocráticos adquirieron experiencia, lo que permitió que sin renunciar a la mano de hierro, paulatinamente se fueran adoptando posturas pragmáticas y flexibles.

El logro más significativo del desarrollo logrado en Corea del Sur es la consolidación de un fenómeno de transformación estructural que ha permitido el tránsito de una economía primaria a las grandes corporaciones —los *chaebol*— que fortalecen al sector industrial y ejecutan el intercambio comercial. Estos son el producto de un binomio formado por el gobierno y los conglomerados industriales, cuya fuerza ha impulsado el avance tecnológico, la organización de la producción y la comercialización. Estos consorcios poseen el mismo carácter monopólico que tuvieron los *zaibatsu* en el caso de Japón de la preguerra y ha sido la base de concentración del capital con la aquiescencia de los planificadores estatales que ven en ellas la mejor carta para la competitividad en el extranjero.

De esta forma el gobierno ha favorecido a las compañías que mayor inclinación han tenido hacia la exportación y han mostrado disposición para acatar sus directrices. Para ello les ofrecieron estímulos como: extensiones fiscales, compra de divisas a una cotización menor, reducción de aranceles en la

importación de materias primas y precios bajos en los costos de fuentes de energía.

Empero esta asociación de intereses mutuos entre el gobierno y los *chaebol* no ha sido armónica. Las fricciones se han presentado debido a que el gobierno ha estado siempre vigilante y ha mantenido un control sobre los conglomerados haciéndoles ver en todo momento que el apoyo gubernamental no es automático; éste está supeditado al buen éxito de sus actividades. Si bien en algunos momentos la burocracia gubernamental ha intentado variar el modelo, llegando incluso a plantear la reducción del tamaño de estas empresas y la apertura de nuevos cauces de participación económica, la relación es a tal grado simbiótica que ante los primeros indicios de recesión, el gobierno se apresuró a reconsiderar argumentando que por su experiencia estos conglomerados son los únicos capaces de sostener el crecimiento y fomentar la actividad comercial.

Todo lo dicho hasta ahora coincide con la imagen del éxito del modelo sudcoreano y de los *chaebol* como símbolo indiscutible del desarrollo industrial. Sin embargo el predominio de los conglomerados está lejos de ser reconocido unánimemente como un elemento positivo y ha sido objeto de críticas. Algunas opiniones hacen aparecer esta unión entre el gobierno y los conglomerados como un elemento pernicioso generador de graves distorsiones económicas y disparidades sociales.

En el catálogo de efectos nocivos figuran: el control de los obreros, la contracción de los salarios y el usufructo de las fuentes más importantes de financiamiento en detrimento de las empresas medianas y pequeñas. Las voces críticas provienen no sólo de la oposición política sino también de los círculos estudiantiles e intelectuales; y de otros sectores importantes como las comunidades religiosas y los militares. Estos últimos ven con inquietud el hecho de que una excesiva concentración económica pudiera traducirse en una mayor influencia política.

Otro aspecto negativo es el desfase interregional del proceso de desarrollo industrial, el que no sólo es imputable a la supremacía de los consorcios, sino que también posee implicaciones de discriminación social y privilegio político —el polo de mayor desarrollo es la región natal de los últimos jefes de Estado— además de que también resulta ser la zona histórica de la salida de los flujos comerciales. Debido a estas circunstancias, las industrias principales se concentran en la región oriental de la península con menoscabo de la región sudoccidental, en particular la provincia de Cholla. Consecuentemente esta región ha sido asiento de los movimientos de protesta y oposición política más importantes de los últimos años. Esta situación pone de manifiesto otro problema: la ausencia de una correlación entre el avance económico y la modernización política.

El régimen político instaurado por Park Chung-hee a partir de mayo de 1961 fijó las bases del desarrollo económico ejecutadas con mano de hierro. Ello dio por resultado altos índices de crecimiento sin precedente histórico, pero los avances económicos no estuvieron acompañados de cambios sociales e ideológicos, carencias que ahora precisan de ser enmendadas. Hay una necesidad de transformar un sistema político que tiene en su haber el logro de un crecimiento sustancial de los niveles de vida a costa de haber inhibido la expresión y participación de las mayorías.

La omnipresencia del poder autoritario del Estado no puede continuar. La lucha por el cambio político ha sido ardua y tenaz. Paulatinamente la oposición organizada ha ido forzando la apertura de espacios de participación y logrado establecer bases mínimas para una reforma política que habrá de permitir el tránsito a una vida democrática todavía incierta.

#### IV

La experiencia sudcoreana con todos sus aspectos tanto positivos como negativos parece ser objeto de una cuidadosa reflexión por parte de aquellos sectores latinoamericanos hoy proclives a considerar como ineluctables las tendencias de transnacionalización económica y concomitante la aplicación de estrategias neoliberales. Corea del Sur debe ser vista en su auténtica dimensión histórica conformada como un proceso global integrado por elementos económicos, políticos, ideológicos y culturales, los cuales están fincados sobre bases sociales propias que le han impreso su carácter distintivo.

Si bien en algunos aspectos se observan afinidades con fenómenos latinoamericanos, tales similitudes difícilmente pueden conducir a considerar al llamado "milagro sudcoreano" como modelo a seguir por otras sociedades. Las especificidades mencionadas surgen en un marco temporal-espacial concreto, distinto al de la región latinoamericana cuyas formaciones sociales tampoco constituyen un bloque homogéneo.

El problema de la transferencia de modelos sociales —ha dicho Jean Chesneau<sup>4</sup>— radica en la desigualdad de la evolución de los procesos históricos la cual impide moldear a una formación social a partir de otra. Empero hecha esta salvedad el caso de Corea del Sur permite observar aciertos y deformaciones en la conducción de las políticas de desarrollo económico cuyos efectos si son, en cierta medida, "lecciones" susceptibles de ser discutidas en América Latina.

<sup>4</sup> Jean Chesneau. *¿Hacemos tabla rasa del Pasado? o propósito de la historia y los historiadores*, México, Siglo XXI, 1979.

Según se ha señalado, el “milagro” sudcoreano no es un proceso prodigioso que resulte inexplicable, pero sus raíces son más profundas y rebasan la simple idea de ser un éxito de la privatización y la economía de exportación, principales premisas del discurso neoliberal. De hecho esta visión ha dado cauce a un embrollo teórico que por un lado, sublima la idea de que se trata de un auténtico triunfo del libre comercio y por otro, sostiene que se trata de un desarrollo dependiente, producto del embate transnacional en alianza con las fuerzas internas. Ambas posiciones son infundadas.

La economía sudcoreana no es abierta. Ha desarrollado un gran despliegue comercial pero éste no es indicio de liberalización. Según se ha visto, en la configuración del modelo han convergido factores como la sustitución de importaciones, la protección arancelaria, el control de la inversión extranjera y una relativa independencia financiera que le permite captar recursos externos sin detrimento de su capacidad de pago.

Otra de las claves del éxito ha sido el papel rector del Estado en la dirección y control del proceso, fijando las políticas de industrialización y asignando las fuentes de financiamiento lo cual ha favorecido la formación de capitales nacionales que tiene en los grandes conglomerados —*chaebol*— un contrapeso a la influencia de las compañías transnacionales.

En otras palabras, el desarrollo industrial, el incremento en las exportaciones y el avance tecnológico se desenvuelven bajo una contradicción. Por un lado hay dependencia en términos de las relaciones comerciales; por otro se goza de una relativa independencia al poseer la capacidad de mantener la productividad.

Resulta entonces que el modelo sudcoreano dista mucho de poseer una inspiración neoliberal. Esta constatación pone en entredicho las voces intencionadas que en América Latina así lo consideran, en

un afán por justificar acciones políticas ya emprendidas en esa dirección. Según la explicación realizada, la experiencia sudcoreana demuestra la contribución que las políticas estatales han tenido en la construcción de una gran capacidad industrial, basada además en un alto grado de capacitación de la fuerza de trabajo, elemento que a su vez ha redundado en la adquisición de un potencial tecnológico de punta.

Algunos de estos elementos han estado presentes en otras experiencias de desarrollo económico. La diferencia cualitativa en el caso sudcoreano radica en una fuerte simbiosis existente entre el gobierno y las empresas privadas. Esta supeditación de los grandes conglomerados a las directrices gubernamentales sirvió de base a la creación y fortalecimiento de un capitalismo nacional, caracterizado por una lealtad a toda prueba, resorte que ha impulsado su proyección y competitividad en el exterior.

Empero este resultado no podría haber tenido lugar sin la presencia de otros elementos sociales y culturales concomitantes. Los valores ideológicos tradicionales se entrelazan con cambios estructurales impulsados por la dominación colonial japonesa y el impacto de la ocupación y alianza con Estados Unidos en las últimas décadas.

A la luz de esta experiencia histórica cabe preguntarse si en el caso latinoamericano la pérdida de la capacidad de crecimiento económico en verdad data de la última década o por el contrario, proviene de la aplicación errónea de un modelo de desarrollo estabilizador en el que las medidas proteccionistas del Estado y el apoyo dado a las empresas nacionales no fue correspondido con lealtad ni tuvo por resultado la creación de un aparato industrial capaz de combinar producción con calidad, requerimientos indiscutibles para lograr la competitividad en el mercado internacional.